

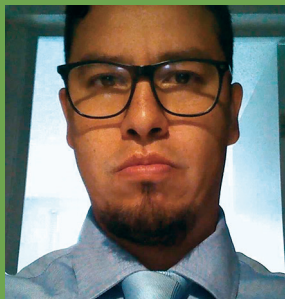
PAGAFANTAS

ALEJANDRO ESPINOSA



Naveluz

The logo for Naveluz features a stylized black and white graphic of a sail or a fan-like shape above a horizontal line. Below the line, the word "Naveluz" is written in a black, serif font.



Alejandro Espinosa

Alejandro Espinosa nació en 1978, estudió Letras Hispánicas en la UNAM y posee una especialidad en Literatura mexicana del siglo XX por la UAM. Es profesor de literatura, kendoka y clown. Descubrió el silencio de la poesía a los dieciséis mientras cursaba el CCH. Las palabras de Fernando Pessoa, olisiponenese, a esa edad lo precipitaron a la indagación filosófica, rebelándose en estos tiempos que siguen siendo de penuria la necesidad que va de las tripas a la página. Leyó hasta gafarse. Entonces de la lectura apareció la escritura como consuelo. Fue librero, ha presentado libros y ha publicado en *Punto de partida*; *Lenguaraz*, *Migala*. Ha publicado una plaquette *Ishikoro* (2010), y ha editado las plaquettes *Pogo*, *Poemas Amorbosos* y *El espejo del sur*. Lee a Palahniuk, Foucault, Bolaño, Baudrillard, Mrožek, Hofmannsthal, March, Hrabal, Castera y, desde luego, todo sobre Pessoa.

[PAGAFANTAS]

ALEJANDRO ESPINOSA



NAVELUZ

Benjamín Barajas

Director de la colección

Édgar Mena

Editor

Isaac Hernández Hernández

Arte y Diseño

Primera edición, 2014

No puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación, o transmitirse en forma alguna por medio de cualquier procedimiento, sea este, mecánico, electrónico, de fotocopia, grabación, o cualquier otro, sin el previo permiso del autor o coordinador editorial.

Derechos reservados © 2014

respecto de la primera edición de *Pagafantas* por Alejandro Espinosa.

Naveluz

Secretaría General, Departamento de Comunicación, Programa de
Proyectos Editoriales y Departamento de Impresiones del CCH
Naucalpan.

Calzada de los Remedios 10, Colonia Los Remedios,
Naucalpan, México, CP. 53400

BAEZA

*Hay más cosas en el cielo y en la tierra,
que todas las que pueda soñar tu filosofía.*

William Shakespeare

Baeza y su hermano amarraron al par de hombres a un sauce. Despierten putos, dijo el hermano de Baeza y les echó agua. Casi veinte años antes, cuando Baeza y su hermano eran niños, las cosas eran al revés. Los Baeza estaban amarrados a un mezquite y los hombres, que entonces eran muchachos, decían entre risas, despierten putos. Hacía calor y los torsos enrojecidos y las salpicaduras de sangre y las caras hinchadas de tanto madrazo agobiaban a Baeza. Le dolían las manos. Su hermano escupió a uno, al mayor de los hombres. Ahora nos podemos defender, ahora sí nos vamos a defender, les dijo. Entonces el hombre amarrado recordó mientras se tragaba un gargajo lleno de sangre y tierra, dejando caer un hilillo de baba ocre. Las palabras le sonaron de algún lado, de cuando él mismo se las dijo a esos que, cuando niños, amarró a un mezquite y hacía un sol igual de languso, pero recordaba mal porque esa vez él dijo que no se podían defender, que nadie los iba a defender. Los golpes le habían hecho creer que aquello era la ley del talión y no. Déjalos un rato dijo Baeza, vamos a echarnos un pulque. Se calaron los sombreros y se sentaron como cuando de niños, sobre la tierra, después de

caminar durante horas para buscar lagartijas o piedras. Así los encontraron los que ahora estaban amarrados.

Que hacen pinches mocosos, les dijo uno. Andábamos buscando lagartijas, dijo Baeza, traía un morral que le hizo su madre para ese fin. Qué lagartijas ni qué ocho cuartos, dejen de andar por estas tierras no se vayan a perder. El hermano de Baeza les gritó que se fueran y que los dejaran en paz, que esas tierras no eran suyas. Muchos huevos pinches escuincles mocosos pendejos dijo el otro apeándose del caballo. También eran hermanos, aún amarrados como estaban se notaba en sus facciones amoratadas. Baeza recordó, mientras tomaba el pulque en un vasito de barro, la patada que le habían pegado a su hermano y la rabia que sintió al verlo tirado revolcándose del dolor; hijo de tu puta madre, dijo Baeza furioso entonces y se abalanzó contra el agresor que sin más le soltó un trompón que le sacudió la sien y luego un gancho que lo tumbo y lo confinó al coro de clamores de su hermano. ¿Por qué? ¿Por qué? Decía su hermano queriéndose sobar ya cuando estaban amarrados. Si no les hicimos nada, déjenos por favor y se pusieron a chillar debajo del glotón sol que quemaba, traspasando el sauce, sus caras de por sí ya quemadas. No que muy salsa pinche tripas tiernas, dijo uno aquella vez y lo repitió el hermano de Baeza. Agarró una piedra y se la sonrrajó en el mero hocico a uno de los hombres que ya parecía el gemelo del otro. El hermano de Baeza no supo si le había pegado al que profirió aquellas palabras esa vez. Se los va a cargar la chingada pinches mocosos, dijo el más grande. Baeza y su hermano apretaron los ojos cuando los muchachos desenfundaron las pistolas que traían, entonces Baeza comenzó a temblar y se meo, intentaba

cubrir a su hermano porque era más chico y eso debe hacer un hermano mayor, cuidar a los más pequeños. De un codazo Baeza movió a su hermano que ya se iba quedando dormido, terminemos de una vez, dijo, y recordó los meados calientes y apestosos de los hermanos escuriéndoles por la cara, abre la boca puto, órale hijos de la chingada para que se refresquen y el chorro amarillento no cesó hasta que Baeza y su hermano, ellos sí, dispararon sus armas dando en las caras charrasqueadas por el sol, el disparo aflojó los ojos apretados. Y se quedaron viendo el par de charcos rojos como aquella vez el charco amarillento y lodoso abriéndose paso a los pies del sauce.

A QUIEN MIRE MI CADÁVER

*¿Dios es una Oda al dolor humano
es una Oda al dolor de sí mismo?*

Y cuando el hombre abrió los ojos se le hincó la oscuridad. Advirtió el flujo negro brotarle en el costillar, difundírsele entre el *agon* que tensa terrible e implacable vida y muerte. La agonía es el silencio que precede al poema, el gradual aluvión de reacciones: cesan los sistemas: nervioso, cardíaco y respiratorio. El axioma cerebral, la expansión de la pupila, la humedad de la espuma traqueal en los labios, la lividez del cuerpo madurada por la gravedad, la sangre sedimentada, la rigidez de los músculos, el rostro todo seco y blanco y frío, los estertores del oído, las arrugas en la frente, los ojos áridos y hundidos, las sienes ahuecadas y rugosas, las orejas tiradas hacia arriba, los labios colgantes, los pómulos salientes, la barba arrugada y endurecida, la piel seca y lívida, plomiza, la mancha verde, la difusión de bacterias por el intestino como la difusión del universo sobre sepa Dios qué cosa, los vasos sanguíneos y linfáticos y las preguntas de sobra, se pudre el tórax, se deseca todo, los huesos se separan, se derrumban los intrínsecos edificios moleculares y potrídicos, el silencio, la pulverización y el polvo.

Y junto al polvo, de pie, yace Dios, tan sórdido y brutal, garante, sereno y transparente, nativo de sí mismo.

Su cuerpo entre materia y metáfora no resplandece, falta. Quieto y con la voz llena de silencio contempla la preñez de la habitación: templos, iglesias, mezquitas, sinagogas, estupas, cárceles, calles, campos, jardines, cielos, estrellas frenéticas, dolor, miedo, olvido, colores, sensaciones, ruido, ausencias, habitaciones.

Conmovido se hunde en el polvo, estima el número de partículas, la frecuencia a la que vibra difiere de la frecuencia a la que vibra esa materia, esa luz profunda de su ausencia. Debí darte una infancia y no una mujer, dice Dios amargamente, debí saciar tu curiosidad dándosela a ella también. Atardece y el día comienza. Tu palabra es falible y veleidosa, no debí hacerte señor de nada, si acaso de ti mismo.

Deja que se le echen encima sus pesares, dice, conjurándote lo sacrificué todo, no debí tenderte esa trampa de madera ni pensar que el amor puro se limitaba a la obediencia. Y del polvo Él y los otros moldean un hombre nuevo, le insufla la nariz y entonces vive y duerme.

CAPICÚA

Mayte descansaba el brazo izquierdo en su escritorio, la mano en la barbilla, el lápiz entre los dientes, los anteojos resbalando por la nariz. Cerró la brillante pantalla del ordenador y bebió el último trago de café frío antes de salir de su oficina.

Farid descorazonado escribía en la pizarra: Mayte está triste, todos estamos tristes. Magro, el saco negro con tiza en las mangas, las gafas escurriéndole por el tabique de la nariz. Esa tarde Hans Clemente, el novelista predilecto de Farid, murió de un derrame cerebral que le dio mientras escuchaba "Cambalache" de Enrique Santos Disepolo. Farid hubiera querido escribir las siguientes frases: Un hámster ordinario, patético y entrañable. Me voy a morir. El refrigerador está lleno de mierda. Nuestro héroe el *homo sapiens*. Otra cucharada de veneno. El cadáver del pangolín en medio de la carretera. Un poco de culpa no te hará daño. No le dio tiempo. Por la noche se enteró de la muerte de su padrastro, como le llamaba a Hans Clemente.

El cadáver de Hans Clemente no era diferente, querido u odiado, el cadáver de un poeta publicado no difiere en nada de otro cualquiera, pensó el cremador, mientras susurraba al oído del difunto: A ver que te salve tu puta poesía, en su mirada había un dejo de esperanza, el cremador esperaba que el muerto se levantara a discutir el punto mientras se bebía una taza de té y que luego se fuera al entierro y saludara de mano a los asistentes. En

vida Hans Clemente había soñado con irse a los íferos griegos.

Mientras desayunaba sola, Mayte leyó la noticia de que Hans Clemente había muerto a los setenta y siete años de un paro cardíaco. Se quedaba mirando por ratos la taza de café vacía, correctamente sentada percibía la mirada de los comensales. Un traje sastre negro, unas zapatillas y medias la acompañaban.

Farid sintió un poco de nostalgia. No le hacía gracia el alma humana. Notó la fecha capicúa en el periódico. La antigua refulgente madre zen.

Ser padres no nos salvará

El cielo no es nuestra herencia.

Mayte recibió la particular invitación al funeral de Hans Clemente, el papel mojado por la lluvia entre el recibo telefónico, las notificaciones bancarias, una carta de su madre viuda de veinte años para acá.

Farid recibió la peculiar invitación al funeral de Hans Clemente por correo electrónico. Lo leyó con ganas de llorar. Se metió las manos al abrigo mientras esperaba el último subterráneo, los dedos congelados, la vida es un *déjà vu* de otra cosa, el fantasma de un niño que ya tenemos bien descifrado, brutal; se le antojó una tortilla española con las patatas bañadas en aceite de olivo.

Si Hans Clemente hubiera estado vivo esa mañana, le hubiera cantado las mañanitas al sol después de saludarse solemnemente al espejo con una reverencia. Al poeta le divertía la idea de ser únicamente un personaje de literatura, de un cuento corto despreciable que nadie leyera. Demasiada realidad era su expresión predilecta por aquéllos, sus últimos días. Su obra póstuma era un

relato inconcluso sobre un viejo novelista tuerto que se enamoraba de un objeto imposible, ensueño o duda.

Mayte caminó hasta el teatro escuchando en su *walkman* una canción de Fiona Apple, *pale september o love ridden*, quiero decir en su *walkwoman*.

Farid no quiso caminar hasta el teatro. Prefirió quedarse en su casa releendo la primera novela de Hans Clemente; en esa novela el héroe era el fantasma niño de Fernando Pessoa que viajaba hasta el sepulcro triple de sus restos.

Si Mayte y Farid se hubieran conocido serían amantes. Vidas sin arreglo; a veces Farid le reclamaría su alma ornamental mirándola a los ojos grises. Mayte no sabría qué decirle conociéndolo apenas, una conversación de bar, se habría ido a la cama con él o al fin del mundo si se lo hubiera pedido. Nadie se explicaba. De antes, se conocían de antes, otra vida, otra ciudad. Una duquesa suicida, un trovador suicida, una parapléjica, un doctor que abusa de ella, un par de jóvenes portugueses casados por arreglo de sus padres, un violinista frustrado y la esposa de su hermano, un banquero que viola a su hija de quince años, un onanista. Como sea. Farid se contentaría de besarla por lo menos el primer año, pifante le escribiría cartas manchadas de semen. Una noche se hubieran despedido con un abrazo torpe, sabiendo que no volverían a verse y que era trágico porque se amaban, algo les impedía estar juntos. Prometerían reunirse pronto, pero nunca se volverían a ver. Al principio Farid le escribiría que la echaba de menos, que era un imbécil y todo eso.

El rostro del cadáver de Hans Clemente no descifraba el sentido de la existencia, poeta o torero gordo, los

aportes de la conciencia eran los mismos. El corazón del cadáver azul de Hans Clemente era la peor de las casualidades. Siempre hay posibilidad de postergar la vida, las peripecias amorosas, para pasar a otra cosa. Adivinar el paradero de la nada.

La fotografía había sido tomada por Mayte con su Polaroid. Prefiero hablarle de mis sentimientos sólo a él, pensaba Mayte por aquellos tiempos. La fotografía mostraba a una pareja, Mayte y, un momento, dicen que estas cosas tardan tres años en sanar. No fue nada, un día él se fue. Mayte se pensaba como una Penélope sin pretendientes. Esperando una llamada, un mensaje en su móvil: Volví. Estoy en el aeropuerto. Ven por mí. Te amo. Regresé. Mayte no detuvo las lágrimas.

Sólo es un mal sueño, se decía Farid dentro del sueño, la vidriera de los sueños. Farid elige el sueño por su aspecto, califica la textura y el color más allá de las sensaciones que produce. Le va mal. Está sentado en una banquita del Parque del retiro en Madrid mirando El ángel caído de Ricardo Belver, se queda dormido. Dame la puta guita. La guita. En el ejercicio de suponerse soñando dentro del sueño Farid pierde la noción de su desvarío, divaga Farid o piensa al escuchar aquellas palabras que acaso él mismo pronuncia sentado en la banquita del sueño. Como si el alma fuera todo el universo. La vida interior es una cabalgadura incomoda, un puño cerrado escondiéndose de algo, hablo de una procesión de muertos.

La muerte toma a Hans Clemente con lo ojos postrados en una lámpara japonesa. Su último pensamiento, inconcluso por cierto, giró sobre la propia certidumbre de la muerte. En el último momento Hans Clemente supo que estaba muriendo, la muerte tan cerca, de pri-

Títulos anteriores

Circunstancias

Octavio Barreda

Sonetos

Miguel Garza

*El Monstruo y otras
mariposas*

Hiram Barrios

Próximos títulos

La noche en el espejo

Arturo Pedroza

Entre líneas

Miguel Ángel Galván

Las entrañas del norte

Alejandro García

Apertura del cielo

Alejandro Baca

Aguijones. Cada uno de estos relatos es un aguijón, penetra profundo, duele, perturba. Todos en conjunto (el presente libro) forman una unidad, poseen un equilibrio (el de los sueños, el de los recuerdos, el de la poesía), un fin común: hacernos perder la cabeza. Porque cada uno de ellos posee el poder del juego (el Go o el fútbol) que rompe con la cotidianidad, y nos recuerda que el hambre, el sexo, el odio generan ansia.

Darío Fernández



mera impresión no le pareció tan ajena aunque hubiera preferido morir con el pisadientes de su pipa predilecta en la boca y una bocanada de tabaco dulce. Su alma no clamó permanencia simplemente se soltó del cuerpo, no intervino su voluntad.

El cadáver de Mayte será un cadáver hermoso, entonces él regresará y maldecirá el Prozac y el Vallium y maldecirá los efectos que producen al tomarlos en grandes cantidades. Con el tiempo la olvidará. La costumbre.

Entonces el universo comulga con la vida, piensa Farid, recostado en el campo húmedo de la facultad, no hay horror cósmico. Deberías pensar al menos medianamente estas cosas, se dijo, por lo menos una vez al día. Deberías hacer de Gérard de Nerval, una vez al día.

El hombre no es una suite para el alma. El ataúd de Hans Clemente era pequeño y muy ligero. En esa cajita habrían cabido 37 libros aproximadamente, la *Iliada* y la *Odisea*, *Libro del desasosiego* y la obra completa de Roberto Bolaño incluyendo traducciones al francés y al alemán. Los zapatos del cadáver de Hans Clemente eran negros y lustrosos, los cordones perfectamente anudados. El viejo los compró para la ocasión. Los gastos, es decir, la preparación del cadáver, el deslucido homenaje, la zalamería póstuma corrieron a cargo de su editor, mecenas de putas y poetas.

Una mirada fija es fácil y hasta cierto punto saludable. Farid observaba el título de su único libro publicado *El nacimiento de las cometas*. Dedicado a una joven ciega que tocaba la guitarra en un conjunto de jazz todos los jueves a las diez de la noche en un barcito cercano a la facultad. Enamorado de la joven y de la construcción maniaca de una realidad improbable escribió su mítica,

mítica de cretinos sin consorte. Mientras escuchaba *Try your wings* escribía en una servilleta un verso implacable, nunca habló con la joven ciega.

Hans Clemente parado a la orilla del mar después de la merienda, observa el sol y el mar vivo. El humo aromático de la pipa se disipa con un ritmo suave, apenas perceptible. Los dedos de Mayte danzan oscuramente por el teclado de su ordenador. Sorbe el café hirviendo. Farid hace una rabieta inexplicable por la negación de un alumno para acercarse a la pizarra. El viejo poeta se pasa la mano izquierda por la nuca llena de agua de mar. Mayte en el cine sin saber que a esas horas, mientras por fin Vincent Pérez besa a Sophie Marceau, el funeral de Hans Clemente se lleva a cabo. El cuerpo de Farid palpita, con lo que eso duele, debajo del sueño.

ARIAL

Hágase el personaje, la ausencia en las entrañas de la página. Un blanco activo que palpita y que, en esencia, remarque las palpitaciones intermitentes y sonoras del personaje: La ausencia lleva el nombre de Arial, las palabras que su alrededor nacen y luego se bifurcan, aluzan con su inocente destello la descripción que bandea lo psicológico, siempre queda algo de lado, algo que debió escribirse sobre nuestro personaje. Arial, un peso welter de 28 años, un peso welter por las mañanas de 28 años dando clases, aburridas clases de literatura, un peso welter escribiendo versos, un peso welter sin apellidos, más budista que poeta, un peso welter de los duros, de los que aguantan caminar la avenida más larga de la ciudad para bajar y dar el peso a la mañana siguiente. Un peso welter que delira todas las noches y sueña que el mundo se le viene encima, literalmente. Arial conoce a Estíbaliz y su vida cambia. El dolor lo asola, sólo soñando es posible. En el imperturbable corazón parmenídeo de la verdad Arial no es, ha de llamarse ausencia, querencia, no ha de ser tampoco en el tejido narrativo, degollado por estructuras imposibles. Arial no puede más. Nada lo sostiene ni lo soliviará más que su propia ausencia, no fue desaparición sino anhelo de presencia. Deseo de la nada. Nada puede decirse de la nada.

CASCARA DE FRUTSI

El *Yoda* se encarga de beber el frutsi y llenarlo con papeles. Un frutsi se llena con tres hojas de cuaderno hechas bola y cuatro servilletas de sándwiches y tortas de jamón. Éste es una edición especial, debe decir una edición especial. No mames pinche *Yoda* te quedo poca madre. Porque tiene un par de pendones dibujados con plumón indeleble y además está envuelto en una cinta diurex completa. Eso garantiza su resistencia. Mira, explica, el envase es una aleación de polímeros, bla, bla, bla. La memoria le juega malas pasadas, en el olvido se ha extinguido el fuego, en el cabello apagado a zape limpio. *Yoda* había recibido los peores castigos del quinto "C", que se jactaba de ser el grupo donde se padecían los peores castigos, la violación por ejemplo, la operación y la cúspide de las torturas escolares: la estrella.

Las bancas amontonadas o acomodadas para ser movidas con rapidez, el *Patas* echando aguas. Sobre esta grama escolar ambas alineaciones titulares, un duelo de poder a poder. Unos cuantos mirones que han seguido el campeonato desde el principio. *Los Xoloitzcuintles* contra *los Pinacates*. En la portería el *Yoda*, metro y medio de resortes, brazos dislocables. Decían se guiaba por las descomunales orejas, motivo del sobrenombre. Verbilocoente. Padre de tres lances imposibles, la *cucarachinha*, la *chinchecinha* y la *escarabajinha*. El doctor Sócrates, jirafón, buen remate de punterazo y sobre todo buen defensa, un perro que se barría sin miramientos acatando

la regla esa de que pasa el balón o el jugador, pero nunca ambos. Erotómano cuyo objeto era una tal Nora Sánchez Cuevas a la que a la postre le hablará sólo para comprarle un sope de la cooperativa. El *Zague* Peralta, espigado y escuálido ñoño. Calificaciones perfectas, contundente remate, cerebral medio y pasador implacable. Y Satopek Arenas que, con ese nombre, no necesitaba apodo, goleador del equipo, chueco bendito, en matemáticas no contaba números sino goles, setecientos ochentaicinco goles multiplicados por cincuenta y siete goles nos dan. Presentados como *los Perros pelones*, ladraban y aullaban. Por el contrario *los Pinacates* son mesurados. El caballo negro de la justa, echaron al *Real Mierda*, los favoritos del salón. Un estilo práctico y preciso, con ellos no había faramalla, puro cañonazo vuela dientes. La verdad es que se veían por la tarde para entrenar. Todas las tardes. Las reglas son simples, tres y buena, goles claros.

Tres tres empate y un minuto para que suene La marcha de Zacatecas. En las ventanas del aula, como peces, los espectadores conteniendo el grito arrebatado de un último gol. Tatatan tatan tatan, tatatan tatan tatan. No mames. Ya estuvo, comienzan a chiflar. La maestra Eréndira, elefante normalista, anda pesadamente para su salón. Dos años más y se jubila. En su aula el vértigo es el verbo mejor conjugado. Benditos programas de desarrollo de habilidades, sus alumnos son tan buenos que hasta conjugan los sustantivos. Invariablemente al Yoda le toco que le conjugaran hasta a su mamá. Espuelas a la velocidad y mil razones esponjosas para seguir. De ida y vuelta y ninguno cede, no mames. A puro trallazo y nada. Ahí viene la maira, gritan, es el cartel luminoso

que anuncia los minutos de compensación con pasos de paquidermo.

CONEJO LAMPAREADO

Un conejo lampareado. Uz colaboraba con su alma humana, trasunto de otra cosa, de algo sin paz, reconocimiento en la centella de tomarse una siesta para descansar, no importa o poco menos importa que elaborar el boceto del accidente probable en el trabajo, el cálculo de la sogá en el baño, el revólver negro debajo de la cama, el crujir de dientes en la espera parsimoniosa, las primeras lecturas de Péter Nádas da igual. Los colores de la pantalla del ordenador se le estrellaban en la cara, a lo lejos el sueño lo jalaba o lo invitaba a quedarse quieto, el deseo se consume, el vaivén de la vigilia, imperio de las cicatrices.

Agua en la nuca para volver, agua de vuelta a los estragos que provoca el sueño: un ojo morado de repente. Sobre todo la condición inefable de la realidad. Palabras que valen por lo real. En las tardes el embrujo de la existencia de las palabras puede romperse. La sangre gotea de las fosas nasales, más agua en la nuca. Lo real nos acompaña en cada instante de existencia, aunque estemos sangrando. La materia incandescente aluza desde dentro con todo y la palabra y los sonidos que las palabras hacen al entoloacharlas o cabalgarlas, mostrencas siempre. Cada mirada particular es ahora un estallido perpetuo del misterio. Lo cercano es inexplicable y viceversa es lo otro. Se torna algo insuperable. Uz debe callarse la boca. Contenerse o volverse al budismo. Dormir...

Los tres corazones del pulpo, Uz no piensa más que en ello: una triada cardíaca que bandeja la canción de su humana alma. Lúcido de vuelta de estar mirando el paisaje, la ventana. El cabello mojado y las ganas de mear. El ojo morado en la oficina y los tapones de papel rojos drenando la sangre, impidiendo el deseo. Lúcido de vuelta al ordenador y a la escritura de ideas concebidas en lupanares, en habitaciones ficticias con meretrices expertas en felaciones ficticias. Las atmósferas interiores se disuelven, queda una pataleta metafísica. Por la tarde Uz toma a K de la mano, la mano de la niña es pequeña y ligera; apenas siente la mano de Uz, aprieta como la cola de un mono pequeño también. K espera el tino certero de su padre en la farola. Uz no piensa, zen al fin y al cabo, quiebra la farola, como quien, sin voluntad, alcanza, se hace la oscuridad. Y la oscuridad fue buena le dice Uz a su hija, sonrisas de K, en flashbacks con múltiples fondos musicales imprecisos, quizás de Ben Harper. Uz en la oficina sangrando. Uz, el pómulo amoratado de púgil vencido frente al ordenador pensando en su hija de ocho años. Uz quiere llorar en silencio, soltarle amarras al llanto e inundarlo todo. Crear un mar de salón, más íntimo, sin playas.

El colapso del sueño, la posesión del sopor, viene cuando usted se encuentra en una situación pasiva, dijo el médico. De no atenderse la narcolepsia puede extenderse hasta el alma. Las puertas oníricas. La narcolepsia es un cáncer del sueño. Alteraciones del sueño REM, somnolencia excesiva y cataplejía. Alucinaciones hipnagógicas. Polisomnografía. *Narké. Lepsis. Gelineau.* Epilepsia del sueño. Metilfenidato, dextroanfetamina, metanfetamina, psicoestimulante modafinilo. Es una

disomnía. La apnea del sueño se presenta indiscutiblemente como hipersomnía, las peripecias en la apnea son obstructivas. Accidentes laborales. Rapto del sueño.

Pero el hombre a pesar de las prescripciones médicas se deja crecer un demonio en la oreja izquierda. Confiriéndole virtudes y apetitos. Los preludios del suicidio, quiero decir los estados mentales que anteceden la acción homicida se le presentaban tras cortinillas, brutales arrebatos de llanto acompañados de congestiones en el pensamiento. Representaciones en un escenario sin escenografía. Actores preocupados por la secuencia exacta de los diálogos. Con la presencia de K todo desaparece, el demonio ese y el estado mental alterado. En el sueño pedía ser el sueño mismo, trasunto suyo aproximándose a despertar, pedía ser la vigilia en la vigilia cercana al sueño profundo. Y en ese transcurso sujeto y realidad se abisman. La realidad camina hacia el sujeto condenada a perderse en su discurso, el nombre de lo que no es. Se trabaja en nombre del progreso y se muere en nombre de esa grieta gemela de la existencia abierta de piernas ante el alma humana.

En las facciones de Uz se precisaban ciertos golpes bien asestados —puros desconsuelos o descontentos—, el ojo amoratado sobre todo, el ojo del trabajo que obstaculiza la mirada a la que uno se acurruca o adhiere para llegar a ser mirada o ya aunque sea queja. Su predisposición al insomnio, las señas de esa predisposición habitaban quién sabe qué líneas en la mano izquierda. Como en sueños, como quienes por cobardes se ignoran, el momento de sentir se propaga. Un día K se tira al río. Es el mejor camino al mar. No volverá. Uz corre a la orilla y al llegar le parece que —nunca será el mismo— el río

se vacía. El agua dulce se desplaza rápidamente desde el alvéolo hasta el torrente vascular causando un aumento de la mole circulante en los vasos sanguíneos. La distancia entre el oxígeno y los pulmones. La ausencia del cadáver de K estercola la posibilidad de su perenne presencia hecha de ausencia. La ausencia del deseo con que a los ocho años se quiere ser, con todas las fuerzas, una ballena. Nunca se llega a ser uno mismo.

Un día Uz encuentra en la bolsa de un saco una carta de K, Uz rompe con un llanto que lo tira al suelo, se está más cómodo en el suelo, más cómodo con aquello a lo que uno nunca se sobrepondrá, los gritos de Uz despiertan a los perros. K no llega a su puerta toda mojada de agua del mar y ni sonrío, con esa sonrisa que lo desarma, tampoco acercándosele a un oído musitándole apenas un regresé, quedito, cómplice del atardecer. No. Uz se duerme del dolor. Nadie que lo abrace fuerte. Una sangre prometida y sin obediencia, se está siempre lejos de lo que se ama y se mata porque así debe ser. La sensación del papel habitándole la mano seca, la conciencia cercana a la frontera de la vigilia, la sensación certera de que se sujeta algo en la mano, la mano de la niña muerta o la frágil misiva de papel. Despierta y se echa a llorar. El funeral de las pequeñas gafas de pasta. Pero el desarreglo existencial es más profundo con una muerte como ésta. Las operaciones que se asumen con desprecio a la acción porque Uz no leerá la carta. No vas a decir ni una mierda de lo que pasa acá. El trecho del río al mar y las caídas intempestivas en el sopor hacían de aquel viaje sin periplo una odisea. Todo esto para leer la carta que la hija ahogada le había dejado en un saco. La debió escribir mientras dormía. Habría que hacer ese viaje a pie, piensa

mientras traza torpemente sobre el mapa de la región una línea. Y qué que jueguen boteros y gallinas. Uz recuerda al chanco de Etgar Keret y se sonríe porque ella, al leérselo él, se sonreía. Seguramente llegará a una playa cualquiera y romperá la carta antes de leerla para llorarle un rato, entrará al mar con todo y ropa y alma y zapatos. Pondrá a flotar el tablero de go, ese mismo tablero con que K jugaba. Cuando una ficha se coloca en un punto sin salida, la pieza comete suicidio.

Como si las palabras sirvieran de algo. No sirven de nada. Lo que viene de adentro remite a Uz el recuerdo de una hija muerta en el río. Aluza su miseria y delirio lodosos de donde el hambre no deja lo mantenerse en pie, en guardia. La lluvia promisoría, el suelo mojado. La cabeza enmarecida que se vuelve al liceo de la niña. La princesa adormecida espera la lectura de la misiva para despertar. No habrá dragones en el camino de la orilla del río a su desembocadura. Uz va a morir al pie de la existencia. Eso del alma no lo quita una muchedumbre enardecida, no se quita con la voz bajita que disminuye con la aparición del silencio. Es este el abandono. La pena no es algo que se dice y se expía al decirse. No. Definitivamente no. Qué bueno. Es el atrevimiento de los corazones desconocidos que no se ofenden. La demora del encuentro. Como es K sin Uz y Uz sin el sueño. Con la vida ida en lo que no ha hecho. En lo oscuro busca con espanto otra vez la mano de la niña, la mano con luz dentro, perseguida, constelada. Bien alto queda la mano. No llega porque las palabras estorban como el que no cuenta con nadie. No hay adiós si estás solo. No hay nada si lo estás. No me escribas. Uz escribe una carta a la hija muerta. El costo de su negligencia. Qué se hizo esa

niña gafada que miraba el cielo constantemente como perdida. Un estímulo interior. Pinche solo. Soportas más de lo que crees. Uz cree que ya no es Uz, que ha dejado de serlo. Rendido por la carta que la puta princesa le ha escrito. Una prenda negra como emisario tardío. Las sensaciones del sueño no cesan, lo que se percibe sólo existe en los intercambios inoportunos entre el sueño y la vigilia. Siete despertares durante el día, simples, transcurren tranquilamente sin la ausencia de la niña, al menos los primeros minutos nadie existe. Nada. Luego comienzan sobre todo los sonidos, olores profundos en la boca del silencio, la niñez inesperada del reflejo, los ojos del bostezo, la mirada al cielo descubriendo las figuras cotidianas de lo inexistente. No necesita más equipaje que el papel de K. Uz toma a pie la carretera sin temor al asesino con camino al mar, van a adormecerlo las luces.

DORMIR CALIENTITAS

A mamá

Anotamos la lista del mandado en un papel de las **A**tortillas. El plan que mi hermana Cristina y yo habíamos hecho para ese día, según nuestras estimaciones, era perfecto. Además todo estuvo basado en la suposición de que mi mamá, a nuestro regreso, no estaría, sino que iría rumbo a Guanajuato a traer otra vez a mi papá. Se decía que mi padre, gemelo del Charro Avitia, tenía familias regadas por Silao, Irapuato, Pénjamo y Celaya. Panzaverde al fin y al cabo. La mayoría de mis hermanos eran producto de esas ausencias, yo lo sabía. Hijos de aboneros, tablajeros y lecheros mis pobres hermanos. Sólo yo podía preciarme de ser hija de ese pobre chato, yo era toda su cara y gozaba de su inusitada predilección. A veces, al volver del trabajo, mi padre, montador de zapatos en la calle Talabarteros, nos contaba historias de su infancia que, en la miseria en la que vivíamos, me hacían sentir afortunada. Alguna vez a él y a su hermano gemelo un par de labregones los golpearon y los mearon, los muy cabrones se me mearon encima, decía con los ojitos razados de lágrimas. Pero cuando crecimos los matamos a los condenados y los echamos al río y se sonreía.

Mi hermana Cristina y yo éramos las más unidas y las más mulas, ya ni siquiera íbamos a la escuela, es terrible ir a la escuela con bolsa de mandado. Ella era una

niña demasiado gorda, comenzó a engodar desde que mi mamá le dio de comer sopa con carne de tortuga. Preferíamos quedarnos en casa y armar las campales con mis otros hermanos más pequeños y por lo tanto los que sacaban la peor parte, el castigo para los perdedores era un castigo difícil de cumplir, uno se preparaba con una jarra de barro con agua fría y mordía el chile de árbol toreado durante quince minutos por nuestra verduga, lo masticaba a toda prisa y lo tragaba para después beber la jarra entera que no quitaba nada. Otra vuelta a los cuidados de la abuela Enriqueta que, como menos, nos colgaba las tortillas del socket del foco cuarto en que vivíamos en la calle Matamoros.

Suponíamos que la larga lista del mandado que incluía inesperadamente dos pesos de chicharrón prensado, medio kilo de frijol peruano, jitomate, cebolla y dos kilos de tortillas, eran el indicio más claro de que mi mamá otra vez nos abandonaría. Mi hermana y yo hablamos solamente una vez del plan acordando dos puntos importantes: salir temprano de la casa y buscar a Don Diógenes, un vagabundo que nos daba un veinte a cada una por darle un beso en el sucio cachete, con ese veinte compraríamos un par de bolillos y aguacate, yo llevaba un puño de sal de la casa en el bolsillo de la falda, porque en la casa faltaba todo menos la sal. Las deliciosas tortas de aguacate nos servirían como un tentempié en la función de *Santo contra las mujeres vampiro* con el Santo como el Santo, aunque yo siempre imaginaba que detrás de esa máscara plateada estaba Pedro Infante, que en realidad no había muerto sino que había decidido dejar la fama y las viejas con tal de salvar al mundo y la Lorena Velázquez como una de las mujeres vampiro. Qué Santo

ni qué ocho cuartos gritaba mi mamá a nuestro regreso, siete horas después de nuestra salida y nos jalaba del cabello con la intención puta de arrancárnoslo, el cabello que unas practicantes del arte cosmético se habían encargado de levantar como una torre después del cine, los cinturones de mi papá eran, con la ira de mamá, látigos sobre nosotras y pensar que en el cine atascado Cristina y yo gritábamos a todo ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! Cada que el enmascarado de plata luchaba. Pensándolo bien, la madrina que la vieja nos acomodó por patas de perro había valido la pena porque el Santito, que las podía todas más que el San Juditas, le ganó a las mujeres vampiro.

FANNY

Vamos a ver. A vuelta de correo una carta para Fanny. Una carta de su padre escrita a punto de llorar, llorar con unas lágrimas que sólo me pertenecen a mí. Camino a la Universidad, frente a la iglesia do Carmo he encontrado una serpiente en la calle, tuve miedo. Sigue tu camino, dije y se fue. Como un hindú ante un perro. Miro tu fotografía, tus cabellos marinos, corales anaranjados. En este lugar la existencia resulta una sutileza, una tontería como menos. Con la carta un ejemplar de *Cuaderno de un retorno al país natal* de Aimé Césaire que Fanny no leerá. Un paseito nada más. Pero más cerca del mar, el padre de Fanny parecía un marinero noruego. Con la vida ida en lo escrito. Claro que estaba vivo. Una sonrisa untada, debajo de las albas barbas. La guerra que perdimos entre el alma y la mente. Olisipo, hay aromas inefables del mar, el café, las castañas asadas. Hay ropa tendida en los balcones, flores, árabes callejuelas retorcidas, cafés decimonónicos y azules azulejos.

Rui Miranda escribe una carta para Fanny con el alma expuesta ante el papel. Dibuja un rehilete. Jordi Miranda escribe una carta para Fanny. Un ave ciega. Un colibrí interrumpe la lectura de Fanny. De la minuta sólo el plato fuerte, le hablo largo y tendido a Fernando Pessoa de Andresito Neuman y de Borges en la terraza de *A Brasileira*.

El cielo cada vez más alto. Ancora, mi querida ancora, dos puntos, te supongo dormida. Fanny adivina el para-

dero de sus amantes. Bombay está hasta su puta madre. Es cosa de nada una carta sin palabras.

Todo, en cuanto el alma humana encuentre su morada, volverá a su cause. Siempre hay una cabeza que cortar, Jordi era un pálido furioso, a la mierda con el karma de abolengo. Rui y la hipergrafía: Mira, así se siente ser humano y mostraba sus poemas. No soy protibetano. Ningún equipo de fútbol ha sido listado para Tíbet todavía. Las palabras que elegía Jordi eran perturbadas, vivas como animales. Lo que la culpa no explica, el peligro de la culpa. Fanny quiso leer una palabra que la fulminara al instante. O revienta el universo o te conviertes en dios o lo que sea. Ojalá fuera cierto. Recobré mis anteojos. Normalmente llovería a esta hora mientras Fanny lee hipotéticamente el libro de Aimé Césaire, no llueve y Fanny no lee el libro. Siento una profunda agitación, esto es una locura lo sé. No tienes que irte para probar que ya no sufres, que olvidaste cómo hacerlo. El Deibler de la poesía y el Buda galáctico, los gemelos. *Les souffleurs*. Fanny Llorente, le susurraron al oído, ya no hay deudas kármicas, búscame un nuevo nombre a modo de un nuevo nacimiento. No hay región para la conciencia, no hay cuerpo, ni ataques de actividad frenética, ni palabras.

En la Huasteca Potosina, en Las Pozas, Fanny recuerda a sus amantes suicidas entre las metáforas tangibles y la selva.

KEPELÁ

Una itinerante banda sonora. El rumbo señalado. La mujer del pescador japonés pasa su lengua por los espejuelos de unas gafas que luego se pone. Sumida en una espesa nubosidad. El relato de su rapto le oscurece la memoria. El bravo pescador japonés echa la pesada red en la desembocadura del río. A veces nada y deja que los peces lo golpeen. A pescar mújol con Michihide, su padre de botas vinílicas. Mirando los peces sin poder hacer nada. Nunca iba a mostrarle a su mujer a preparar la hueva del mújol hembra. Llevaba a casa los pescados pendulándole en la espalda. Sonreía. Y caminaba hasta que el sol secaba sus ropas. La sensación de los remos siendo clavados en el río.

El marido de la mujer gorda había abandonado la orquesta nacional para cuidar en la enfermedad a su esposa. Cada día engordaba. Cuatrocientas cincuenta libras. Depresión posparto. Primogénito muerto, nonato. El marido le suministraba los medicamentos. Postrada en una cama gigante que el marido había construido en dos meses con la venta de instrumentos y partituras. Los surcos que se dibujaban en la holgada carne de la mujer hacían de una inyección una operación fácil para cualquiera que haya practicado un par de veces con una ciruela o una naranja, comiéndose después las frutas. La vida cerca del río.

Toffic deja a la mujer tendida en el tálamo ese y se va a observar el río. Nadie lo sospecha, ni él mismo. Lleva

un sombrero de paja. Nagiko desempaña sus gafas y sale a observar el río como quien se pone a observar a alguien que acaba de salir de un abismo. Se cubre la cabeza con una pañoleta roja. En sus respectivas orillas se miran por primera vez, comprenden que no es posible entablar una conversación porque el cauce del río es demasiado ancho. Hay mucho ruido, mucho silencio arrasado. Toffic observa a Nagiko sentarse y se sienta frente a ella como para pedirle consuelo, como para invitarle una tacita de mate, como para acompañarla en su llanto indiscutible. Nagiko recoge los pies y observa como Toffic recoge sus pies envueltos en unos tenis azules como imitándola, como un reflejo apenas que dará media vuelta. Nagiko sonríe y Toffic persiste solo en su ejercicio, sonríe también, puntual, a lo lejos. Nagiko levanta la mano izquierda y una pulsera roja resbala por su brazo, recuerda en ese momento el chaleco que le tejió a su marido para el invierno, un chaleco de lana con tres botones grandes y Toffic la sigue, él recuerda acaso una canción triste que lo entretenía mientras le veía las manos a su mujer. Nagiko sacude la cabeza de un lado a otro y Toffic pronto, casi al mismo tiempo, la sacude también. Toffic observa a Nagiko mirarse los pies desnudos, no alcanza a percibir el rubor que aparece en las mejillas de la mujer, las gotas de sudor cerca de las comisuras que ni el pescador japonés había percibido. Entonces él se mira los pies. Nagiko se recuesta en la hierba y Toffic la sigue. Es el mismo cielo el que miran, uno azul muy pálido. Es posible que por un instante ambas miradas se posen en los mismos puntos. Nagiko se incorpora al mismo tiempo que Toffic, pero tiene la impresión de que es ella la imitadora, quién sabe por qué. No se daba cuenta, no lo podía explicar.

Una vida en otro lado. Caminan. Se acercan a la orilla para reconocerse, imitándose todo el tiempo.

LOS MOTIVOS DE O

Otan en el suelo. "Lo peor ha sucedido. Una simple mirada nos revela todo. Los noruegos se nos han adelantado... ¡Dios mío! Este es un lugar horrible, aún más terrible por haber trabajado tanto sin obtener la recompensa de ser los primeros". O desabotonaba su boca. El terciopelo húmedo de su lengua de trapo lamía las finísimas comisuras que, tensadas, parecían los hilos de un relato que nadie ha de contar. O con la herida llena de sueños hecho ruido de río a la salida de los íferos. "Por Dios, este es un lugar espantoso. Ya ha sido terrible para nosotros habernos esforzado tanto por llegar, sin siquiera tener la recompensa de ser los primeros. Ahora de regreso y ante un esfuerzo desesperado, me pregunto si podremos hacerlo". O guardaba los restos de la distancia entre la vida y la realidad, la ceiba que crece en la lengua de la existencia, la mirada con que ella se miraba en O con las pupilas dilatadas todas antes de dejarlo entrar. El afecto con que los poetas viven cerca del silencio y de las palabras. O mirando el mar desde una plataforma marina. Como si ella le dijera que está tan cerca de él, tanto que no lo nota. El canto falible. Dejando todo lo escrito en una de esas vueltas que los rehiletos dan. O con la espina de un erizo enterrada en el pie y el viaje que la espina del erizo emprende desde el pie hasta el corazón. O miraba el tragaluz sin armadura en un palmo del mar. Otra vez el recuerdo del Argos visto desde un acantilado. El baile en la azotea, un, dos, tres, un, dos,

tres y media vuelta y la descripción de una sensación que poco se ha sentido. Echado todo en falta. La mano de O al comienzo de la senda vertebral. Por saber lo que está en el alma, la visera circular, la fuente de consuelo sin cinosura. "Afuera, delante de la puerta de la tienda, todo el paisaje es una terrible ventisca. Creo que ahora no podemos esperar nada mejor. Debemos seguir hasta el final, pero estamos debilitándonos por supuesto, y el final ya no puede estar lejos. Es una pena, pero creo que no puedo escribir más".

Lo que ella decía cubriéndose la cabeza con una sábana blanquísima y en la que O escribía, procurando el diseño de sus facciones, fascinado por el simulacro de una muerte prematura, una irrupción prematura que la escritura no confesaba. Los procedimientos ocultos que simultáneamente en la lluvia los ocupaba. Hay que dejar que la sangre o el semen se diluyan en el papel, un par de miradas vistas como una luz vista en el fondo de un par de zapatos, delicados ruegos.

O y lo que le es dado imaginar, el tren que ella abordó llevaba otra dirección. Son las tres de la mañana y ellos comparten una lata de sardinas. Mientras afuera llueve. Lo que sólo es visible para quienes viven tan cerca del silencio, fugas fractales en las manos. Este montón de actos que agobian, muestras ocasionales de depresiones, es estar leyendo en ayunas a los alemanes.

O sobre el punto de latitud cero horadando la nieve con su cuerpo, la bandera en los bolsillos. O en Atacama azul y hace sonar el alma con un arco. La sombra de un olivo que gradualmente disipa el cuerpo de O lleno de hormigas, sus lágrimas abonan el cultivo mohoso que procuran. La forma de ella fumando mientras entorna

los ojos, la imprudencia de ella cruzando las calles como si lo mismo diera una muerte producida por el choque de su cuerpo en el parabrisas y el estallamiento de víseras, los fémures fragmentados, la mierda incontenible, los zapatos a siete metros del accidente y la sangre manando del oído. Poemas en griego de diccionario. O escuchando a Mahler, descomponiéndose, babeando; la sangre tiñendo la nieve, se han ido las hormigas. Un zapato opaco y el otro lustroso.

Los ansiolíticos. El viaje violento que el suicida emprende, escondiéndose de su muerte inminente, gotas de sangre se hinchan hasta que el peso las precipita de la fosa nasal al suelo, este es un asunto trágico. Lo que significa rebobinar el instante ése en que veían las esculturas de Ron Mueck o las de Xavier Marín, escuchaban las canciones de Lhasa o Martirio. La realidad de lo doloroso que resultó todo. Deseando una vida que no necesitaban. El vestido de novia y el boleto a Olisipo. El humo que el fuego provoca, salpicado de su calcinadura, combándose mientras mira las rompientes estrellarse en el casco del barco. Y sabía de llorar. El color de los pedazos ensangrentados de su cuerpo, el frío polar corroído por el sueño entonces.

ORFEO ESTÁ SANGRANDO

*La vida humana es breve,
pero yo querría vivir siempre.*

Kamitoke Hiraoka

Un peso welter, gafado. Soy ausencia. Al voltear la vista Orfeo falta a su promesa perdiendo toda esperanza, no lo sabe, pero se libera. Lee un libro de Péter Nádas y en su bello afán se toca la barba de macho cabrío. Parpadea apenas, respira apenas. Si el blanco y el arquero logran ser uno, entonces, cuando la flecha sale disparada del centro entra en el centro. No es necesario apuntar hacia el disco negro, sino hacia uno mismo. En el *lapsus* o el desvarío el púgil cierra los ojos como quien se levanta de entre los muertos y se pone a mirar el mar desde un acantilado y luego funda un club de lucha. El llanto precipitado por la carta de la mujer muerta, el viudo se desploma. Cien miligramos de escritura tres veces al día anestesian los *flashbacks* o *flashforwards* y la imperiosa necesidad de observar la fotografía de la mujer muerta en jeans y camisa ácida delante del mar. Botado de la mierda el sujeto se revuelca, no tiene con quién valsear. El arquero posa su conciencia en el disco negro, y en él se une ser y acto. Un objetivo fijo, penetrar en la realidad de la naturaleza. El vehículo, la contemplación. Límpida mirada y vacía hasta que el disco negro sea un

espejo. El vacío no endereza el alma humana. Eurídice se disuelve.

Cuando el púgil tenía once años leyó un libro de James K. Baxter, luego tuvo un ordenador, luego se volvió al budismo. Es sencillo un día entra a una librería a merced de la nada. Es simple un cruce de miradas y el diálogo ensayado, el onanista piensa en su madre Polimnia, ¿es éste el remedio absurdo que ha de despertarnos? Le escucha decir ella con su invariable acento de chileno resentido. Sutura en el pómulo derecho, la ceja partida por una brecha roja, el hombre sufre porque salió a la imaginación de dios. La chica inuit le sonríe. Él ha de tomarle la frágil mano mientras ella le explicaba el delirio de Fernando Pessoa a través de una obrita de Unamuno. Soy ausencia, atonía, desesperación. Esa noche ella sueña con la cabeza de una medusa ciega y vulnerable. El recuerdo de la vieja Olisipo en su memoria engaña, apenas le duele. Al día siguiente por la tarde recibe un mensaje en el móvil. Un cuarto de hotel vacío y la obscenidad, un par de copas de vino tinto con helado de limón. Leen en conjunto a Sławomir Mrożek y ríen.

A condición de no volver la mirada hacía ella. La mirada hacía atrás. La mirada órfica de espanto y arrepentimiento que preserva y a la vez destruye. Pero Orfeo sucumbe a la impaciencia, pasión ingente, arrebato, violencia. Beloved, demasiado amada. Está es mi *lovestory*:

La sueño o escribo que la sueño, da igual. No le hablo, la miro pasar. Estoy leyendo en la cafetería del hospital central. Ella también lee, gafada para la ocasión, el cabello recogido, ojeras de treinta horas de vigilia. Si me diera a la escritura. Me suena en la cabeza una canción de Tori Amos y Demien Rice, la tarareo, ella se aleja: la

chica inuit. Falta el cruce de miradas. Siento el impulso de levantarme e ir tras ella, robarle un beso, qué se yo, manosearla cuando menos y correr. Péndulo de esa leve pulsión erótica, pero también desearía matarla, pulsión tanática pues. Me quedo, leyendo hasta que me echan. Regreso a pie, sigo leyendo, con amargura la traigo a mi memoria como si la trajese a mi cama y con amargura repaso su rostro, los anteojos de pasta, alba la bata, lejos de mi trágica inquietud.

ZEN

*Tengo cuanto de peligros vale la pena tener
salvo el propio peligro que hasta cierto punto
no vale la pena tenerlo.*

Bernardo Soares

Es sa gastritis lo estaba matando. Nada de distimias ni café. Un colón típico, inflamado, sentimental por decir algo. Al principio el medico lo consideró un caso clásico de saturnismo, el saturnismo muto a *spleen*, bestia negra, un clásico trastorno metabólico. La ausencia de serotonina lo volvía hipocondríaco. Mientras soñaba, una mosca voló establemente y se posó encima de la ventana. Roberto despertó con un agudo dolor de cabeza. Denso y compacto, cuatrocientos gramos con presión de cero coma cuatro, cero coma seis atmósferas o cuatrocientos a seiscientos gramos sobre centímetros cúbicos a nivel del mar. De cuero puro, dicromático, la comba es su sueño, el enano de los balones debajo de la cama de Roberto que descalzo se pone a pensar en su dolor de cabeza.

Es un fútbol menor. El fútbol de salón reduce el campo de acción y la maniobra. Vaya que hay que ser hábil. La verdad es que hay que saber pasar, olvidar el empeine y echar mano o pie del punterazo certero y brutal, que nadie vea nada ni se lo imagine. La sorpresa será la propia sorpresa. Como un despabilado arquero de la

antigüedad, pávido. El fútbol de salón es como la poesía de salón. Hay que adiestrarse en timo de una técnica simple, el balón y la palabra ruedan casi subterráneas.

Preparó el desayuno para Irumi e Isaac sus insólitos gemelos. Pan francés y leche. Miel de maple para acompañar. Roberto consideraba a Isaac el gemelo malo, cruel y despiadado con insectos y gatos, no podía ser de otra manera, salió a su madre de eso no tenía duda. Se identificaba con Irumi, enfermiza y pequeña, rubia sin ninguna razón; la güera, como le decía Roberto, adoraba el olor a libro viejo que prevalecía en la casa de su padre. De buena gana viviría con él. La custodia pertenecía a su madre hace seis meses. Irumi sólo podía ver a Roberto los domingos. Ese domingo ella y su hermano irían a ver a su padre jugar fútbol sala, la gran final, la final de las bailarinas. Isaac imaginaba que su padre era una especie de bailarina jugando al fútbol. Su jugador predilecto era Luis Figo, reverso exacto de Zinedine Zidane, pero combativo. Figo es Zidane con los güevos bien puestos escuchó decir Isaac al novio de su madre una tarde mientras veían al Inter de Milán vencer dos por cero al AC Milán, uno de los tantos lo anotó Figo con los riñones y el pie derecho. El novio de su madre era de Badajoz, trabajó en Madrid y le gustaba asistir a los juegos del Real Madrid en el Santiago Bernabeu, cuando únicamente alineaban a Figo y Zidane se quedaba en la banca, rascándose los güevos, a ver si así aprendía algo el muy argelino hijo de puta. Muy en el fondo Isaac quiso arreglar lo que se había roto para que todo volviera a su estado original, mejor no.

Todos los fines de semana Roberto preparaba un par de obsequios para sus hijos de diez años. Para Isaac, *El*

Paraíso perdido de Milton, por si las moscas. Para Irumi una copia pirata del *Last nite in Paris* de los *Strokes*. Al demonio el *New metal* le dijo Roberto a la niña. El divorcio le sentaba tan bien a Isolda. La guerra que desató todos los infiernos y se acabó en el juzgado había terminado. ¿Cómo va la librería? Le dijo Isolda, ¿cómo estás tú? La mano de Isolda estaba fría, en un rincón de su útero algo se movió, ella no lo sabía. Meses después Isolda parirá a un niño al que llamará Víctor. Con el tiempo a Víctor se le diagnosticará autismo que lo postrará a Isolda para siempre. A Víctor lo conmoverá el suicidio de Irumi. Una noche de junio recordará el suave sonido del violín de su hermana. Una noche.

Pelo rapado al cero. Enjuto y alto. Sentimientos severos. La suma de un mundo difícil, si Roberto venía del peor de los siglos eso no importaba. Roberto era un guiño a lo sagrado, producto de una escisión menor, un arquero zen sin su catálogo de deseos y frenéticas deshumanizaciones, torero sin coleta, liquidación del pasado. Cruzó la línea de la cancha de concreto. Esa cancha le parecía un tablero en el que se podían representar las tragedias humanas sin timoraterías, crudas y brutales como en la Villa del perro. Cuando Roberto era niño elegía ser Johan Neenskens.

Manos en la cintura a punto de tocar el balón Roberto miró con vértigo a su equipo, casaca roja con vivos blancos, pantaloncillo negro y medias blancas. En la portería Miguel Rodríguez, joven estudiante de economía, cuando era niño elegía ser Héctor Miguel Zelada, el hombro izquierdo se le dislocaba con facilidad. En la defensa, por el lado derecho Macondo López, peón de obra con oficio de peón de negras, cuando niño elegía ser el *Snoopy*

Pérez y cuando le decían que pronto acabaría el mundo, respondía que si eso sucedía, él se iba para León, Guanajuato. Por la izquierda Süsskind, un Juan Preciado teutón que, en tanto encontraba a su padre, jugaba fútbol sala. Cuando era niño no quería ser alguien, buscaba el anillo de *Giges*. Junto a Roberto, en la delantera, Tiago, el creativo, aunque no tuviera una pizca de imaginación, cada juego lo cosían a patadas; aceptaba los reproches a su languzonería, engolosinarse era la menor de sus faltas, acababa de volver de un castigo de la liga por gritarle a un árbitro que si su familia comía con lo que él ganaba del arbitraje, comía mierda; de niño elegía ser Johan Cruyff. Junto a una hincha doméstica, en las gradas Irumi e Isaac.

Los botines de lona con suela engomada, la banca, los adversarios, unos bravucones, un club de la lucha sin sustancia. Roberto apreciaba aquella sensación. El árbitro pitó y con voz atiplada invitó: ¡Juegue! La sensación se fue. Sin una táctica precisa el equipo de Roberto, el Inter once, eslabonó jugadas rutinarias, mientras Tiago procuraba un fútbol circense. Ahora se las arreglaría él solo. Cero cero en los primeros veinte minutos. Al descanso, una brecha en la ceja izquierda de Roberto, reclamamos airados de Tiago al equipo. ¡Tira, pinche Tiago, tira! ¡No seas pendejo, sólo tira, no tienes que hacer ni chilenas, ni rabonas, ni tijeras, ni medias tijeras, ni sombreritos, ni palomitas, ni inglecitas, ni taquitos, ni boleas, ni escorpiones! ¡Tira! Le gritó Miguel, Tiago lo observo con desprecio y le dijo: ¡chinga tu madre! Los demás rieron, era sólo cuestión de tiempo, el gol caería.

En los últimos instantes del juego, cuando Isolda ya estaba sentada junto a los gemelos. Roberto no supo si el

balón estaba entrando a su propia portería por su causa o si se estaba pegando un tiro en la sala de su casa, salpicando todo el librero de sangre. Un autogol. El movimiento que imprimió sobre su cuerpo tenía la determinación que sirve para tirar un pênalti, que básicamente consiste en alejarle la bola al portero aunque a veces la intención sea mayor que el golpe y termine haciendo que el esférico salga por un lado. Cerca la bala del suicida, pero no, este sí entró y en su propia meta. A un pênalti se le imprime más fe que fuerza. Se había cabreado o chiflado. Quién sabe. No fue un acto sedicioso, pero tampoco un accidente, tampoco fue una de esas debilidades impulsivas. Irumi, pensó Roberto, es que ella parte de un mundo más pequeño en su conjunto, más simple. Un mundo en que se cambian libros por vacas. Es un juego. Ese autogol lo convertirá en cualquier cosa. Acaso una vida que se siente como un acto al que se describe ajustadamente, un acto budista.

GETTO CHESHIRE

Se escribe siempre a falta de algo.

a) Del costado oscuro se levanta por sobre las páginas —vírgenes hasta ese momento— la profundidad de un mundo que, básicamente, no existe. De la calza del miedo, miradas más miradas menos, lo que queda por callar. Una escritura lateral. ¿De qué decías que iba la película? ¿Hacer de la vida algo menos brutal? Hay un hombre y una mujer y en medio de la escritura con su grado de onanismo, trasunto, siempre va el deseo. El hombre y la sospechosa tarea de fabricar un mundo, dos puntos Getto Cheshire.

b) Susmel guardó su tigre de sueño. Se puede tener esta sensación frágil e intensa en el bostezo del felino. Susmel hace maletas para irse al borde del mar. El baile brutal entre la razón y la sensación. El anillo hacía a Giges invisible sólo si miraba su interior y Susmel miraba por la ventana del autobús. No todo queda atrás, eso pasa. Susmel hace ese viaje de los desesperados. A recorrer el manicomio de Europa al que le quedan ya puros locos sin conjura. No deja de ser una liceana mexicana de veintitrés años. Toma un taxi a la playa, el taxista no hace preguntas. El mar. Susmel, después de leerle un libro entero de poemas al mar hasta que anocheció, caminó al hostel y escuchó el mar como ese conejo que, en

llamas, ya no resuella y arde en silencio. Hay que poner fuerza a la hora de la derrota. Susmel abre el libro.

c) Ulises corre detrás de alguien. Ulises un transeúnte hacía Getto Cheshire, todo se resolvía en el libro y en ese Ulises carente de *leit-motives* profundos, Ulises unía curiosidades numéricas jamás posibles que a Susmel le encantaban cuando era niña. Ulises se retrotraía, ese recurso mágico o mecanismo en su recuerdo era un caso semejante al de Susmel a quien el tigre de sueño le comía el corazón a la entrada del deseo, cerquita de esas carreras de Ulises detrás de una enamorada que invariablemente lo alejaba de Getto Cheshire. Despierta Susmel que algo pasa o pasó en el infierno. Susmel gira alrededor del sueño. Getto Cheshire en el fondo intentaba reducir la obra a cero, lo que pensamos era una obra literaria por aquellos tiempos, a cero los guiños o entrecruces de lectores y personajes.

d) Aunque es una realidad metafórica Susmel emprende ese viaje para encontrar a Ulises en Getto Cheshire. Susmel comienza a soñar con ese camino y, más aún, con ese encuentro. La niebla, esa niebla unamuniana o el vértigo de la desesperación que nos hace correr por las calles gritando el nombre de alguien, que infecta nuestros cerebros y nos hace llorar a gritos ciegos, que nos hace caminar una ciudad entera como para perderse en ella.

e) Ulises radicalmente ingenuo y distraído también andaba camino a Getto Cheshire, un manicomio de poetas en el que se recluiría. Embustero de entraña Ulises decía dirigirse a Olisipo otro imposible sueño. Sus-

mel sigue la trayectoria del humo. Es que se ama menos al desesperado. Los poetas de Getto Cheshire, cuando Ulises encuentra Getto Cheshire y se para frente a sus puertas y se pone a llorar, eran unos jetas, todos, unos gilipollas, bravucones, embaucadores cuando menos. El más oscuro néctar, su miradas en curva, ¿qué otra cosa hay como la poesía? El Getto Cheshire era un barco, un naufragio con cara de niño, había un montón de figurillas de Yoshitomo Nara y todos los poetas leían a Soseki Natsume, Yo, el gato.

f) El proceso más allá del control de Susmel se estancó en una playita oaxaqueña. Las dimensiones emotivas de aquella escritura eran dominantes y pensar que el librero samurai le había dicho que aquella era una novela densa, refiriéndose a su espesor intelectual.

g) Ulises practica Lai-do cerca del mar en Getto Cheshire, iniciado ya. Mantener a raya la inexistencia. La medida de ese miedo inconmensurable, la bella hendidura, estar esperando todo el tiempo que haga falta, esa circunstancia que obliga a Susmel a tomar una decisión, en secreto. Susmel cierra el libro antes de leer la última palabra. Thot tira sus dados.

CARA DE PANCITA

El plato hervía con pancita compuesta de puro bofe y libro. La cuchara de peltre azul le produjo un poco de asco, sorbería y succionaría los trozos de carne sin tocar el instrumento. Miraba largo rato la cebolla y el orégano que, sobre el aroma, producía una humareda como de incendio. Cincuenta pesos el pinche plato, se repetía, cincuenta pesos. Puro bofe y libro, pa lo que me gusta el bofe, decía el gato del chiste y ella se reía. Selene, en Barcelona, tratamientos hormonales, *in vitro*, cultivos, dinero a la basura. Octillizos, dijo el doctor, ni uno más, las manos de Selene se helaron, octillizos o mil da igual, octillizos. Este tipo de persona es peor que yo, pensaba. Como la mejor camada de la Dupan, una cócker que tuvo de niño. Los principales noticieros entrevistaron a Selene para las notas del corazón y él un poco por envidia, le tiró a su esposa el plato en la cabeza sin razón aparente. Selene lo había mandado a buscar un plato caliente de pancita a las tres de la mañana con puro bofe y libro.

PARUSÍA

Y Dios, aburrido, le dijo a todos los ángeles en el cielo, hoy es el día. Y los ángeles revolotearon y se precipitaron para preparar todo. El escenario lucía impecable, la gran alfombra roja se extendía por todo el desierto del Sinaí. La humanidad estaba enterada, cada señal había sido cumplida con precisión y maestría. El Apocalipsis sería una obra de arte brutal. Dios se ajustó sus mejores vestidos, iba desnudo, guiñó el ojo izquierdo a Lucifer y luego le dio un tirón de cola. El cielo se tornó carmesí, luego como un gran ojo de luz Dios y todo su séquito, ángeles y secuaces, descendieron. No pudo sentir lástima de sí por no experimentar la sensación de vértigo que acompaña al descenso. Aterrizaron sobre la alfombra roja, el humo se disipó y no vieron a nadie, ni un alma, nada.

Desconcertados giraron sobre sí como giroscopios delirantes. Dios abofeteó a cuanto ángel pudo. Tomó el revólver de cristal con el que destruiría la muerte y dijo: hoy liberaría al hombre hasta de su liberación como tenía que haber sido desde el principio, como lo había pensado. El revólver, trémulo, en su sien vaciló, un ángel que venía de con los hombres al oído le susurró: Sucede, Padre Todopoderoso, que hoy hay futbol.

Índice

<i>Baeza</i>	7
<i>A quien mire mi cadáver</i>	11
<i>Capicúa</i>	13
<i>Arial</i>	21
<i>Cascara de frutsi</i>	23
<i>Conejo lampareado</i>	27
<i>Dormir calientitas</i>	35
<i>Fanny</i>	39
<i>Kepelá</i>	43
<i>Los motivos de O</i>	47
<i>Orfeo está sangrando</i>	51
<i>Zen</i>	55
<i>Getto Cheshire</i>	61
<i>Cara de pancita</i>	65
<i>Parusia</i>	67

Pagafantas es el primer título de la colección *Manticora* de *Naveluz*, se terminó de imprimir la mañana del 7 de junio de 2014 en los talleres del Colegio de Ciencias y Humanidades Naucalpan. La edición consta de ciento cincuenta ejemplares, firmados y enumerados por el autor.

DIRECTORIO

UNAM

Dr. José Narro Robles

Rector

Dr. Eduardo Bárzana García

Secretario General

Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez

Secretario Administrativo

Dr. Francisco José Trigo Tavera

Secretario de Desarrollo Institucional

Enrique Balp Díaz

Secretario de Servicios a la Comunidad

Lic. Luis Raúl González Pérez

Abogado General

Dr. Héctor Hernández Bringas

Coordinador de Planeación,

Presupuestación y Evaluación

Renato Dávalos López

Director General de Comunicación Social

CCH

Dr. Jesús Salinas Herrera

Director General

CCH NAUCALPAN

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Director

Mtro. Keshava Quintanar Cano

Secretario General

Mtra. Ana María Córdova Islas

Secretaria Académica

Lic. Raúl Rafael Rodríguez Toledo

Secretario Administrativo

Mtra. Olivia Barrera Gutiérrez

Secretaria Docente

Mtro. Ciro Plata Monroy

Secretario de Servicios Estudiantiles

Biol. Guadalupe Mendiola Ruiz

Secretaria Técnica del SILADIN

Ing. Víctor Manuel Fabian Farías

Secretario de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje

C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez

Secretaria de Administración Escolar

Lic. Alfonso Flores Verdiguél

Unidad de Planeación

Mtra. Reyna Rodríguez Roque

Jefa del Depto. de Comunicación

Títulos anteriores

Circunstancias

Octavio Barreda

Sonetos

Miguel Garza

*El Monstruo y otras
mariposas*

Hiram Barrios

Próximos títulos

La noche en el espejo

Arturo Pedroza

Entre líneas

Miguel Ángel Galván

Las entrañas del norte

Alejandro García

Apertura del cielo

Alejandro Baca

Aguijones. Cada uno de estos relatos es un aguijón, penetra profundo, duele, perturba. Todos en conjunto (el presente libro) forman una unidad, poseen un equilibrio (el de los sueños, el de los recuerdos, el de la poesía), un fin común: hacernos perder la cabeza. Porque cada uno de ellos posee el poder del juego (el Go o el fútbol) que rompe con la cotidianidad, y nos recuerda que el hambre, el sexo, el odio generan ansia.

Darío Fernández

